

cubridor de América, como hoy mismo puede ver cualquiera con sus propios ojos examinando los términos de la contestación, cuya minuta se conserva en el archivo de San Jorge. En ella resplandecen la admiración, la gratitud y el amor patrio de aquellos egregios administradores de la ciudad. Desgraciadamente, las comunicaciones eran entonces menos fáciles que ahora, y la contestación no llegó a manos del inmortal navegante, lo que causó un dolor más a su espíritu acongojado.

Fáltanos sólo explicar el significado de los signos adoptados por Colón en su firma. Han sido diversamente interpretados, pero la explicación más sencilla, aceptada por la mayor parte de los escritores que de ellos se han ocupado, es la de que son las iniciales y las finales de los nombres *XristuS, S. MariA, YosephuS*. El infrascrito X^{po} FERENS sería el nombre de Cristóforo dividido en *Cristo*, escrito según el idioma griego, y *ferens*, según el latino.

JUAN B. ENSEÑAT

DISCURSO SOBRE LA FIESTA DEL ARBOL

PRONUNCIADO EN LA PLAZA DE «LA POLA,» EN OCAÑA, EL 12 DE OCTUBRE DE 1918, POR EL DR. ARTURO ACUÑA, ENTONCES RECTOR DEL COLEGIO «JOSE E. CARO»

Señores:

Hubo un tiempo en que el hombre, libre de los desvelos y de las tempestades que trae consigo la ola tumultuosa del progreso, vivía relativamente feliz, en íntimo consorcio con la naturaleza, ganando el pan con el sudor de sus honradas sienes, consagrado, en la plenitud de sus primerizas energías, al noble cultivo de los árboles y de las plantas que le daban el diario y liberal

sustento. No martirizaban aún la haz del planeta los acerados caminos por donde ahora en numerosas naciones transita la rugiente locomotora, émula de los vientos; el bélico clarín no ensordecía los oídos del soldado con su estruendoso grito; las veleras naves apenas osaban atravesar los brazos menos anchurosos del océano; no había automóviles, con menos razón aereoplanos, ni perturbaban los profundos senos de Neptuno esos monstruos gigantescos que se apellidan submarinos y circulan por las lóbregas cavidades del piélago llevando en sus entrañas, no la luz, ni la felicidad, sino las teas de la ruina y la devastación.

Álejado del tráfico mundano el rey de la creación labraba entonces la paterna heredad con idóneos bueyes: era su gusto entrelazar la crecida vid con el álamo esbelto; podar los ramos estériles, injertando los más fecundos; contemplar a lo lejos su rebaño pacer alegremente esparcido a lo largo del frondoso valle; recoger la esprimida miel en limpidas ánforas, o esquilar las enflanquecidas ovejas; y cuando el padre otoño presentaba su frente ornada de maduros frutos, icómo gozaba al derrocar con su mano la dorada pera, las encarnadas manzanas, la uva, rival de la púrpura, y viéndose rodeado de tan pingüe cosecha, levantaba desde el fondo de su alma preces de adoración al Padre universal. A veces se tumbaba debajo de un viejo roble, o sobre el prado florido; veía el agua correr cristalina por las acequias; escuchaba con deleite el canto no aprendido de los pájaros y conciliaba plácidos sueños al dulce murmurar de las fuentes. En invierno se entretenía en poner acechanzas al jabalí, la grulla, el manso cervatillo, la juguetona liebre, y cuando, luégo de vagar por la montaña en robustecedores ejercicios, respirando el aura que devuelve el vigor al cuerpo laso, tornaba a su rústico albergue, en el dintel le aguardaba la casta esposa con los pequeñuelos, y entre inocente algazara y festivos decires, se servía el clásico festín, modelo de frugalidad, preludio de un sueño reparador,

abastecido de los más sencillos pero deleitables manjares. Ahí tenéis la vida dichosa, como la describió en sus inmortales odas el célebre bardo venusino; reflejo verosímil de la edad de oro que entreviera Cervantes cuando ponía estas palabras en boca de don Quijote: «Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes; a nadie le era necesario, para alcanzar su ordinario sustento, tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas que liberalmente le estaban convidando con su dulce y sazonado fruto»; fue ésta, en fin, la vida descansada que inspiró a Fray Luis de León aquellas estrofas cuasi divinas:

Del monte en la ladera,
 Por mi mano plantado tengo un huerto
 Que con la primavera,
 De bella flor cubierto,
 Ya muestra en esperanza el fruto cierto;
 Y como codiciosa
 Por ver y crecer su hermosura,
 Desde la cumbre airosa
 Una fontana pura
 Hasta llegar corriendo se apresura;
 Y luego socegada
 El paso entre los árboles torciendo,
 El suelo de pasada
 De verdura vistiendo
 Y con diversas flores va esparciendo.
 El aire el huerto orea
 Y ofrece mil olores al sentido,
 Los árboles menea
 Con un manso ruido
 Que del oro y el cetro pone olvido.

Hoy, señores, la corriente de la moderna civilización ha trastornado los antiguos ideales del mundo. Rehuyen los hombres la vida apacible de los campos y aprisionanse en las ciudades donde les agita la ambición de gloria, el deseo inmoderado de las riquezas,

el refinamiento del lujo y demás nuevas pasiones que traen abatida y maltrecha a la humanidad.

No es ocasión de indagar si seamos ahora los mortales más o menos venturosos que en aquellos días, cuando se practicaba vida campestre; pero hoy esplende todavía, como esplenderá mañana, la sencilla verdad de que los árboles son nuestro sustento, nuestra salud, nuestra vida: ellos nos alimentan en las diferentes estaciones con la esplendidez de sus productos; nos consuelan con su sombra en los días de fatigosa peregrinación; nos educan desde temprano para los goces del espíritu, como que en la insondable variedad de sus hojas, de sus botones, de sus frondas y paisajes, contienen cuantos elementos exige la estética de lo bello para complacer la humana inteligencia; inspiran al pincel del artista los más deslumbradores cuadros, proponiéndole a sus ojos esos panoramas que llamamos bosque, selva, jardín, oasis y floresta; con el susurro de las ramas, mecidas por el céfiro, y el blando trinar de las aves, producen acordes que ningún instrumento se empeñaría en imitar; y cuando, tronchado por la despiadada segur del leñador, herido por los rayos del cielo o abrumado por los años, el árbol se extremece, vacila y se derrumba, desprendido para siempre del alma tierra, no por eso cesan sus beneficios: antes, como el mejor de los amigos, nos deja en rico legado las más preciosas dádivas de su munificencia; porque entonces, convertido en astillas, nos calienta y alumbraba con la roja llama de sus tizones en las heladas noches de invierno; puesto en manos de ebanista, se transforma en elegante mobiliario, que lucen los salones del opulento, o en humilde taburete que suaviza las miserias de quienes nacen y viven desheredados; en el astillero se alza como atrevido bajel que circunda los mares cargado con los granos y racimos que van a sustentar el hambre orgullosa de los habitantes de remotas playas; despojado de sus hojas, de sus ramajes, de sus flores, de sus nidos y perfumes, se reduce a escueto y desgarrado poste, pero entonces, sintiéndose dueño de mayor grandeza, se hiergue airoso sobre el monte o en la llanura, y coronadas sus excelsas sienas de maravillosa cuerda, se trasmite por ellas la poderosa chispa del pensamiento humano. Dos maderos desprendidos de un árbol yerto, entrelazados con artística religiosidad, constituyen el emblema de nuestra redención, símbolo

glorioso de la fe, *lignum crucis*, a cuyos pies postrados en los instantes de suprema congoja, derraman los creyentes raudales de vivificadoras lágrimas; y con los desnudos brazos, extendidos sobre la losa funeraria, a la sombra del melancólico ciprés, regocijan las hondas tristezas del campo santo, iluminando la opacidad de sus contornos inefables resplandores del más allá.

Equitativo, pues, y laudable parece que en el natalicio glorioso de América tributemos a los árboles nuestro homenaje de grande amor y gratitud y lancemos del fondo de nuestros pechos un saludo de glorificación a los gigantes que se levantan majestuosos extendiendo su fronda protectora sobre la incomparable plaza del «29 de mayo.» Plantemos el árbol en el día de su fiesta, alumnos y alumnas de la preclara Ocaña que me atendéis con paciente caballerosidad: sencilla es la ceremonia, pero maravillosos son los resultados. El simple labriego, cuando siembra un árbol, sólo piensa en el fruto que habrá de obtener con el andar del tiempo; pero el niño inteligente, la mujer sensible, el poeta, el hombre que medita, puede con su imaginación columbrar lo que vendrá a ser a través de los años aquel pequeño vástago que ahora internamos en el suelo, cuando convertido en árbol centenario, vengan las aves a ocultarse en su copa, y las abejas a escanciar el néctar de sus capullos; cuando en torno de su añejo tronco se agrupen a jugar y a reír a pleno pulmón los niños de las futuras generaciones y bajo su denso follaje, al claror de la plateada luna, se congreguen las púdicas vírgenes a dialogar plácidamente sobre la diaria faena, y murmurarse al oído las inocentes conjeturas de su enardecido corazón.

Plantemos el árbol con cuidadosa solicitud; caveamos amplio el lecho de sus diminutas raíces; desmenecemos la jugosa tierra y oprimámosla al rededor del flexible tallo con la misma suavidad que si tendiéramos un manto a los pies de un infante adormecido en la cuna; y cuando la menuda semilla crezca, se expanda, fructifique, nos colme con florescencia de favores y luégo, agostada por la edad, se encoja, desfallezca y se marchite, entreveo días de gloria para la patria de entonces, y el regreso, quizás, de los tiempos de oro, semejante al que soñaron los héroes del mundo primitivo, bajo el renacimiento del amor, del benéfico amor a la agricultura.

REVISTA

del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección de la Consiliatura

ACTOS OFICIALES DEL COLEGIO.—FILOSOFIA.—CIENCIAS.
LITERATURA, ETC.

Se publica un número de 64 páginas el día primero de cada mes, excepto enero y diciembre.

Sólo se canjea con revistas y publicaciones análogas.

Número suelto.....\$ 0,20 oro

Suscripción por año (adelantada)..... 1,80 »

Número atrasado 0,30 »

Para todo lo relativo a la REVISTA, dirigirse al Administrador señor don JUAN F. FRANCO QUIJANO, Colegio del Rosario, calle 14, número 73.

Se envían por correo números y suscripciones fuera de la ciudad siempre que venga el valor del pedido.

No se admiten remitidos ni anuncios.

“El Catolicismo”

Bisemanario religioso

Director, Luis Rubio Marroquín, presbítero.
Administrador, Emilio Brigard Ortiz, presbítero.

Religión, filosofía, cuestiones sociales, literatura, ciencias, artes, industrias, información nacional y extranjera.

Bendecido por el Excmo. Señor Nuncio Apostólico, por el Ilmo. Señor Arzobispo de Bogotá y varios otros preladados de Colombia.

SALE LOS MIERCOLES Y SABADOS Y CONSTA DE OCHO PAGINAS EN GRAN FORMATO

Han colaborado en él los señores canónigos Ilmo. Leonidas Medina, Francisco J. Zaldúa, Rafael María Carrasquilla, Celso Forero Nieto.

Los presbíteros señores Andrés Restrepo Sáenz, Luis Concha, José Vicente Castro, José Alejandro Bernúdez, Jenaro Jiménez, Teodoro Rosas Castro, Eduardo León Ortiz, Jorge Arturo Delgado, Víctor Barros Morales, Juan Crisóstomo García, José Manuel Díaz.

Los señores José Joaquín Casas, Hernando Holguín y Caro, Antonio Gómez Restrepo, José Joaquín Guerra, Francisco M. Rengifo, Antonio Otero Herrera, Luis Alberto Castellanos, Liborio Escallón, Alberto Borda Tanco, M. J. Lindo, Luis Rubio Sáiz, Rafael Torres Mariño, Daniel Ortiz.

CONDICIONES:

Número suelto.....	\$ 0.03
Número atrasado.....	0.05
Serie de 30 números.....	0.80
Serie de 60 números.....	1.50
Un año.....	3.00

DIRECCION Y ADMINISTRACION: Carrera 7.ª, número 459.

TELÉFONO 391.—APARTADO DE CORREOS, 71.

DIRECCION TELEGRAFICA: CATOLICISMO.